



André Gide y su diario

• • •

precisamente lo que es demasiado sentido en el tamiz de obra alguna, sin ningún afelte, sólo detalles. Nada hay que creer que el Diario sea el mismo una obra de arte. Hay lo camino entre la confesión y lo sólo piden ser insertadas en una menos sinceras (o más bien: sus os que otra cosa, que es el placer ulmariá con gusto: no es el Diario asemeja al Diario de Gide; al araciones del Diario cuentan ya arlo de Edouard. Ya no le pertene- a existir fuera de sí, camino hacia nocida de la que ansían posesto-

Algunos escogen una vía y la conservan; otros las cambian, cada vez con mayor convicción. Gide se aferró a una enrucijada, con constancia, con fidelidad, a la más importante de las enrucijadas, la más trillada, la más concurrida de todas, aquella sobre la cual pasan las dos más grandes rutas de Occidente, la griega y la cristiana; prefirió esa situación «total» en la que podía recibir las dos luces y los dos soplos. En esa situación heroica, protegido por nada, pero también encerrado por nada, dlo motivo a todos los ataques, se entregó a todos los amores.

Tenía que poseer este hombre cierta dureza para mantenerse en tan arriesgada situación, de la que sus obras maestras son testimonio.

• • •

Muchos no saben si deben reprocharle a Gide más su paganismo o su protestantismo. Son como el burro de Buridán, entre el agua y el cardo; y por su indecisión el cardo debe ser más grande y el agua debe seguir corriendo.

• • •

Desde hace cien años, hay tres hombres que han sentido por la persona de Cristo la más viva atracción - ¿puedo decir la más fraterna? - que yo entiendo fuera de un conocimiento dogmático o místico: Nietzsche (como hermano enemigo), Gide, y en Rusia, el escritor Rozanov.

• • •

La obra de arte - «Yo me consideraba primeramente como un simple artista y, como Flaubert, sólo me preocupaba por la buena calidad de mi trabajo. Su significación profunda, hablando con propiedad, no me interesaba» (Diario, año 1931). Sólo ante reacciones ajenas, Gide tomó conciencia de esta significación profunda de su obra, la que sistematizó en sus obras críticas. Libros como «Los alimentos» no serían tan hermosos, tan duraderos si los hubiera conscientemente recargado de cualquier intención, antecedente a la obra y que la utilizará como marco cómodo. Son libros exactamente poéticos en los que el autor, como el «vates» latino, no es más que un intérprete; su mensaje lo supera e inicialmente tal vez él no lo comprende bien, pues viene de algo más fuerte que él, de algo que lo posee, de un dios. Una vez creada, su obra casi lo sorprende; deja de ser parte de sí, de tal manera que no puede sino enamorarse de ella, como Pigmalión de la estatua.

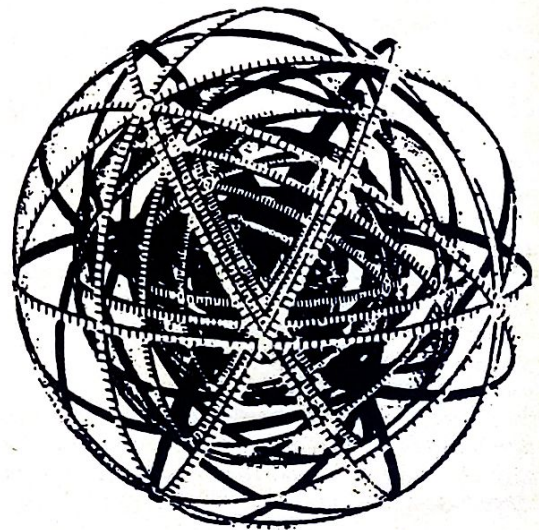
• • •

Lugares comunes - A veces descubrimos en Gide la sombra de un lugar común, pero revestido con ese estilo siempre admirable que, quizás en ese momento, lo arrastra. Pero no estoy seguro de que Gide haya deseado ese pensamiento neutro para mejor hacer resaltar la gracia de su expresión, o incluso por humildad, más exactamente por esa conciencia que lo lleva a explicar detalladamente (en el Diario) menudos problemas de traducción. Con este hombre nunca se

sabe; Gide procuró estar apto para tomarnos la delantera en la apreciación de sus propias debilidades, de modo que difícilmente podamos imputárselas. No estamos seguros de que gustoso las haya revelado, aunque sí de golpe, sin dejar claro si tenía conciencia de ello o no.

• • •

Coquetería de lo Informe - Consiste en que es más difícil brillar allí donde todos disponen de armas semejantes y ordinarias, allí donde la victoria es más cara. Para Gide, hay también cierta coquetería del lugar común, de lo uniforme. Con la misma idea y las mismas palabras que todo el mundo, Gide logra decir algo de valor. Es la regla clásica: tener el coraje de decir bien lo que es evidente, de manera que nunca será con la primera lectura que un autor seduzca; seduce más bien por aquello que no ha dicho, pero que con naturalidad seremos llevados a descubrir, pues las líneas esenciales han sido bien dibujadas. Pero también han sido suprimidas las líneas accesorias. Es lo propio del arte (ver al respecto algunos dibujos significativos de Picasso). Montesquieu decía: «No escribimos bien sin saltar las ideas intermedias», y Gide agrega: «No hay obra de arte sin cortes». A ello lo acompaña una primera oscuridad, o una enorme simplicidad, que hace que los mediocres confiesen que no comprenden. En ese sentido los Clásicos son grandes maestros de lo oscuro, incluso del equívoco, es decir, de la preterición de lo superfluo (ese superfluo al que el espíritu vulgar es aficionado), o si se quiere, de la sombra propicia para meditaciones y descubrimientos individuales. Obligar a pensar por sí mismo sería una definición posible de la cultura clásica; no será desde entonces el monopolio de un siglo, sino de todas las rectas conciencias, ya llamen Racine, Stendhal, Baudelaire o Gide.



er a los clásicos. Cada vez que los éza asombrosa, vivos, cercanos, enelon, Montesquieu nunca son ndo son citados por Gide. Nuestro n lo mal que lo conocemos.

los que le reprochan a Gide sus hazo a elegir como todo el mundo), de Hegel: «Para el sentido común, ladero y falso es algo establecido y uebe o rechace el conjunto de un diferencia de los sistemas filosófi-progresivo de la verdad; diversidad únicamente la contradicción...El contradicción no sabe liberarla y eralidad y reconocer en la forma de trirse y contradecirse, momentos os».

conflicto entre catolicismo y protes- smo y cristianismo, no tiene mucho urgo es muy leído. ¿Qué les gusta de onciencia que busca honestamente